

El Equilibrio Bi-Polar



El Dr. José Manuel Saravia continúa con su estudio sobre las experiencias nucleares, esta vez, dedicado a examinar la pugna y el equilibrio de los principales bloques poseedores de poder atómico; la palabra de la Iglesia Católica; y lo que se ha dado en llamar "estrategia de la disuasión".

Terminada que fue la segunda guerra mundial, sólo dos grandes potencias quedaron disputándose la hegemonía universal: Estados Unidos y la Unión Soviética. Se formaron dos bloques y en la pugna por la prevalencia surgió la política que ha sido llamada del equilibrio bipolar. Casi todas las restantes naciones, especialmente las de Europa, se enrolaron en uno u otro bloque, con vinculaciones de diferente intensidad, voluntariamente; o a veces, hacia el bloque ruso, por la fuerza. Algunos Estados ensayaron una tercera posición y otros se mantuvieron neutrales, pero tales posturas, aunque de trascendencia internacional, no quebraron la bicefalía en el poderío atómico. Más tarde vendría la escisión, en el bloque oriental, de China roja y, en el occidental, la disidencia de Francia que intentaría aparecer en la escena internacional con planes propios de defensa y una política aparte e independiente. El conflicto entre las dos superpotencias cubre ya muchos años de la acción diplomático-estratégica mundial. ¿Cuál es la raíz del

conflicto? Sin duda que el bloque occidental representa una mejor forma de vida, lucha por ella y exhibe una ideología que enfrenta a la del bloque oriental. Pero la sola discrepancia ideológica no proporciona acabada explicación del conflicto. Hay, en ambos bloques, algunas infaustas coincidencias: la idolatría del progreso técnico, aunque pudiera lesionar valores humanos; el empleo ilegítimo de la violencia y las injusticias sociales. Por otra parte, el comunismo, cuyo triunfo traería ciertamente la aniquilación universal de los mejores valores del hombre, es medio y no fin de la empresa soviética y china. Esa empresa responde a una vocación y tradición imperialista que esas dos potencias exhiben claramente a lo largo de toda su historia. El arma ideológica es utilizada por ellas al servicio de una altanera y desbordante voluntad de dominio y expansión; es empleada como instrumento de penetración, de hacer adeptos en territorios foráneos para extinguir sus soberanías y someterlos. Lo cierto es que Estados Unidos

y la Unión Soviética se han atado, como expresó Raymundo Arón, a una **hostilidad de posición**, lo cual ha conducido a un cálculo de fuerzas, a la búsqueda de un equilibrio de fuerzas, con las desconfianzas, angustias e inseguridades que ello comporta. Toda otra consideración, inclusive la eventual fraternidad entre los pueblos, se deja de lado. Un estado queda fríamente frente al otro.

Esta "hostilidad de posición", esta búsqueda de un siempre incierto equilibrio de fuerzas, ha llevado a la acelerada producción en ambos países de bombas nucleares y a la estrategia de la disuasión que comentaré enseguida. Otras naciones, movidas por impulsos diversos —la vanagloria, el orgullo, la apetencia de poder, un complejo de inferioridad— siguieron o se apresantan a seguir el mismo camino hacia el armamento nuclear.

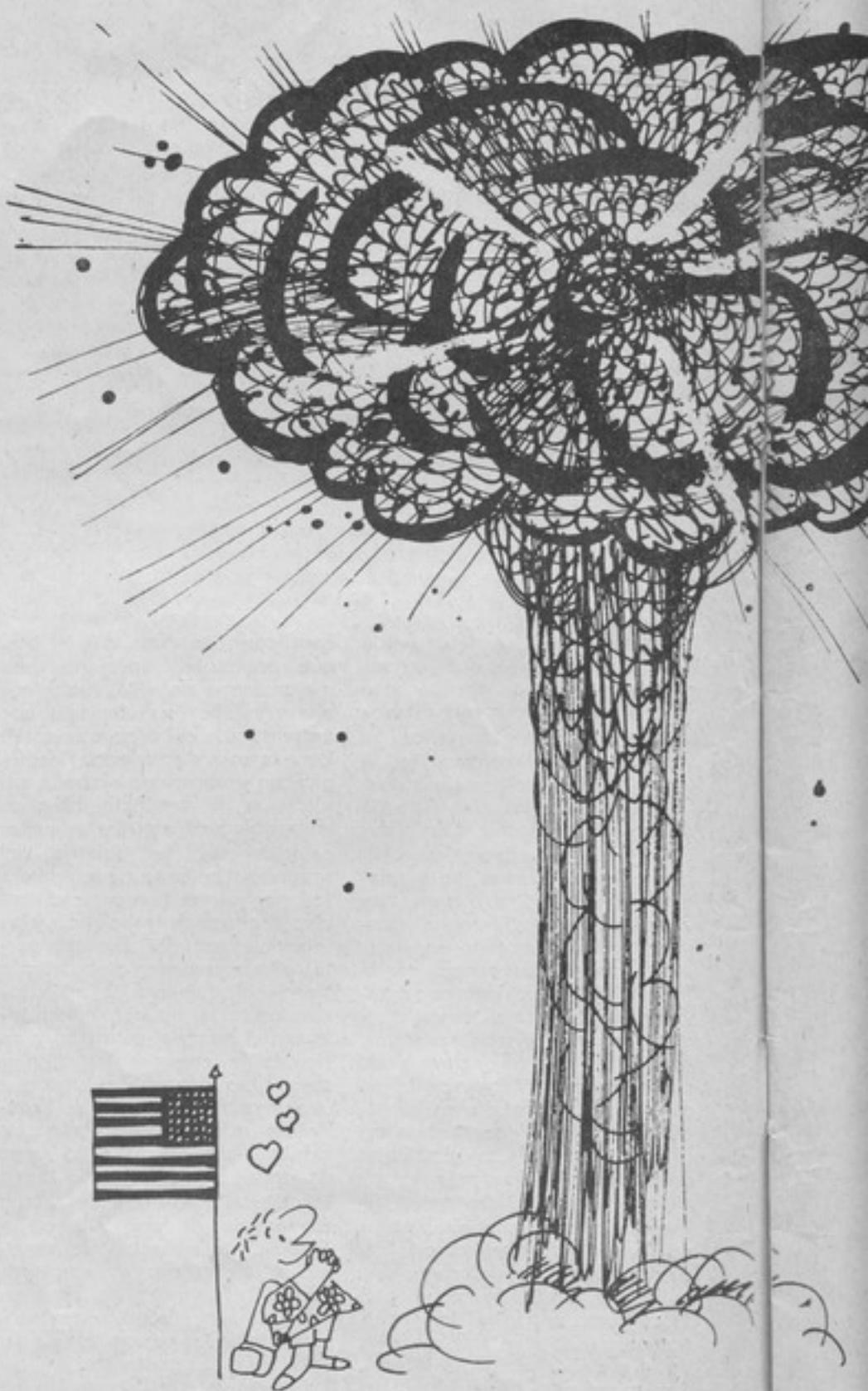
LA PALABRA DE LA IGLESIA

El Vaticano, mientras tanto, ha hecho oír su voz adoctrinadora. Sin poder físico pero con autori-

dad moral indiscutible, ha enunciado otra política. Allí están, fijándola, los documentos de Pío XII, de Juan XXIII y de Paulo VI; también el dictamen del Concilio Vaticano II que obra en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.

Resuena todavía el grito del experto en humanidad ante la Asamblea de la O.N.U.: "Nunca más la guerra, nunca más la guerra"; también su llamado para que se extienda en la "ciudad terrestre y temporal, la buena nueva del evangelio de la paz", de una paz que sólo será posible, como señala la reciente Constitución de la Iglesia, si se asegura "el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de orden intelectual y espiritual"... "el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos" porque "la paz es también fruto del amor, que sobrepasa la meta indicada por la justicia".

La Iglesia ha condenado la guerra total expresando que "toda acción bélica que tiende a indiscriminarse en la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la humanidad". Ha condenado también el empleo de las armas nucleares "que pueden producir destrucciones enormes e indis-



criminadas las cuales, por consiguiente, traspasan, excesivamente, los límites de la legítima defensa".

En la misma Constitución, frente a esta pugna por armarse y a los gastos que implican las experimentaciones atómicas, se ha dicho que "la carrera de los armamentos es la plaga más grave de la humanidad y perjudica a los pobres de manera intolerable". Y en la luminosa Encíclica "Populorum Progressio", insistiéndose en análogos conceptos, se ha pedido la formación de un gran Fondo Mundial alimentado con una parte de los gastos militares para ayudar a los más necesitados.

ESTRATEGIA DE DISUASION

Se habla con frecuencia de la "disuasión". Es estrategia que empuja en este ámbito. El pensamiento sería el siguiente: el enemigo no atacará ante el temor de la represalia. No es pensamiento novedoso. Se atribuye a Vegecio, autor del siglo IV, la expresión clásica "**si vis pacem, para bellum**" (si quieres tener paz, prepárate para la guerra). Otros escritores de la antigüedad —Platón, Horacio, Syro, etc.— manifestaron idéntica idea.

Gran Bretaña, en 1939, firmó con Polonia un tratado de asistencia mutua con el propósito de desalentar a Hitler de atacar a Polonia. Hitler no se persuadió y fue la guerra.

Pero ¿qué novedad tiene, en esta era termonuclear, la estrategia de la disuasión?

Ante todo, exhibe, impresionantemente, la aceleración de la historia. Las armas atómicas han crecido en estrecho lapso el poder de destrucción más de lo que el hombre logró en milenios. Como prueba baste recordar la comparación que hace Pauling: entre los "raids" de la segunda guerra mundial estuvo el que, en una sola noche, hicieron mil aviones aliados sobre Hamburgo, arrojando, cada uno de ellos, cuatro bombas de una tonelada lo que produjo la destrucción de gran parte de la ciudad y la muerte de 75.000 personas. Eran las bombas de antes. De produ-

cirse un "raid" de esta índole sobre París hoy, por ejemplo, y mañana otro de 1.000 aviones y otro pasado mañana y así sucesivamente por espacio de **catorce años**, los explosivos arrojados sobre la ciudad tendrían, al cabo de ellos, la fuerza de una bomba de 20 megatones. Y de 20 megatones es una bomba corriente o normal en esta época. Un megatón equivale a un millón de toneladas de TNT (trinitrotolueno).

Además de esta deslumbrante aceleración de la historia, la estrategia de la disuasión nuclear a conducido a poner en manos de un hombre o de pocos hombres la decisión suprema de aniquilar, en un instante, a millones de seres humanos. Nunca existió tamaña concentración de poder, ni se delegó, irreversiblemente y fatalmente, en una o en pocas manos, la facultad de decidir el futuro de una nación y de otras. ¿Se compagina esto con la democracia, con el gobierno representativo, con la indeclinable atribución del pueblo de resolver nada menos que acerca de su subsistencia o perecimiento? Un dedo asentado sobre el botón nuclear, quizá por prejuicio, inclusive por error de información o demencia momentánea, puede producir el Apocalipsis.

Hay más de original en esta táctica de la disuasión atómica. Plantea la paradoja singular de que los Estados fabrican las bombas con el deseo de no usarlas porque en el duelo atómico todos saben que sólo podría lograrse una victoria a lo Pirro. Sería cuestión de un más o un menos en la destrucción y el asolamiento recíprocos.

Cabe añadir que la estrategia de la disuasión nuclear deshumaniza a los pueblos; apaga en ellos la heroicidad, vinculada siempre a actos individuales que en otras épocas animaba a los hombres que se aprestaban a una empresa bélica; destruye todo sentido moral, todo respeto a la persona humana porque ésta deja de ser, en la dialéctica de la disuasión, valor de referencia.

José Manuel Saravia

